

XVII.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Desde aquel momento, considerándome sola, abandonada, sin noticias tuyas, sin tener la certeza de que vivias, caí en un entorpecimiento del que no salía sino para recaer en él.

Te he dicho que tenía una criada de pueblo, llamada Jacinta. Al día siguiente de la muerte de Danton me pidió licencia para ir á ver á una tia que tenia en Clamart.

Le concedí el permiso que deseaba, y sabiendo que no tenía á nadie para servirme más que á ella, dejó todo preparado para que nada me faltara durante aquellas veinticuatro horas que pensaba estar ausente.

Al día siguiente volvió mucho más pronto de lo que yo creía. Había sucedido en Clamart un acontecimiento extraño.

Cerca de las nueve de la mañana se había presentado un hombre, todavía joven, con la mirada extraviada y el traje destrozado á causa de una noche de marcha por entre espinos y zarzas.

Entró en el ventorrillo de *Puits-san-vin*, pidió de comer y comió ávidamente, lo que llamó la atención de los aldeanos que bebían á su lado y que formaban parte del comité revolucionario de Clamart.

Mientras comía se puso á leer, volviendo las páginas del libro con una mano tan blanca y tan cuidada que los *descamisados* que estaban allí no dudaron fuese un enemigo de la república.

Por consiguiente, los aldeanos le prendieron, y montado sobre un caballo viejo, á causa de que no podía andar un paso, le llevaron hasta la cárcel de Bourg-la-Reine.

Pregunté inmediatamente qué edad podría tener el prisionero.

Jacinta me contestó que estaba tan extenuado por el cansancio

y las privaciones, que no era fácil adivinar su edad. Solo había oído decir que era uno de los que participaban de la proscripción de los girondinos y que había logrado fugarse.

Entonces sentí un dolor y una esperanza; pense si aquel proscripción serias tú, mi muy amado Jacobo. Mandé en busca de un carruaje, hice subir conmigo á Jacinta, y salimos para Clamart, pues aun cuando el preso ya no estaba allí, deseaba tomar todas las noticias posibles y no perder ningun detalle.

En Clamart empecé á dudar que fueras tú, porque las señas que me daban del preso distaban mucho de ser las tuyas.

Pero el sufrimiento causa tales estragos en nosotros, que continué tomando informaciones.

Cerca del anochecer llegamos á Bourg-la-Reine; el preso estaba en un calabozo y debía ser conducido á Paris al día siguiente.

Nos hospedamos en una fonda pequeña, en donde aguardé el día con impaciencia, sin acostarme y sin dormir. Allí se me confirmaron las noticias de que el preso andaba errante hacia cerca de un año, ya en Francia, ya en el extranjero, y que había sido preso cuando trataba de volver á Paris.

Se equivocaban; era precisamente en los momentos en que trataba de salir de Francia.

Al amanecer abrí la ventana. En el pueblo había un gran alboroto. Todos corrían hácia la cárcel.

Mandé á Jacinta para que se informase y viera lo que había sucedido. Jacinta volvió asustada.

El preso se había envenenado aquella noche y le habían encontrado muerto en la cama.

Interin sabia que estaba vivo, me habían faltado las fuerzas; pero al saber que había muerto, no vacilé un momento.

Al llegar á la cárcel supimos su nombre. Era un nombre que con frecuencia había oído pronunciar con respeto por Danton y por Camilo Desmoulins.

Se llamaba Condorcet.

Quise verle; entramos. Estaba tendido sobre la cama y parecía que dormía.

Era un hombre como de cincuenta y cinco años, casi calvo; una fisonomía serena, grave y llena de bondad.

Me incliné sobre la cama y le contemplé largo rato.

¡Aquella era la muerte!

Por segunda vez me acometió el deseo de morir. ¿No valía más aquel reposo que la vida agitada y sin esperanza que tenía? ¿Por qué continuar con ella? ¿Para saber un día u otro tu muerte como la esposa de Condorcet la de su marido?

El veneno que había usado era sin duda muy suave, puesto que le había dado la muerte de una manera tan tranquila.

La cantidad había sido muy pequeña, pues nos enseñaron la sortija en donde se había encerrado.

—¡Oh! ¿En dónde encontraría yo aquel veneno? ¿Por qué antes de separarme de tí no me habías preparado un anillo para el caso en que me viera separada de tí?

Me informé de si se había ofrecido alguna persona para velar al muerto: nadie había tenido la caridad de indicarlo.

Entonces pedí que me dejaran rezar al lado suyo.

Sabía que la esposa de Condorcet era joven y bella: sabía que tenía un niño y que amaba con profunda ternura á su marido, aunque podía ser su padre. Sabía que en la calle de San Honorato, núm. 352, tenía una tienda de ropa blanca.

Por encima de la tienda, en otro piso, hacia retratos, y de este trabajo y de la renta de la tienda vivía ella, una hermana enferma, su niño y una anciana criada.

Accedieron á mi deseo, y como el cadáver no debía enterrarse hasta el día siguiente, tomé una pluma y le escribí á la señora de Condorcet la siguiente carta:

«Señora:

»Soy una mujer que llora como vos al hombre de quien está »separada tal vez para siempre. La casualidad me ha conducido »cerca del lecho mortuario de uno de los hombres más grandes de »nuestra época.

»No le nombro, señora; adivinareis de quién hablo. Os envío mi

»doncella y el carruaje que me condujo aquí y que os conducirá. »No debo tener el honor de cumplir con los últimos deberes para »con aquel por quien rezo en este momento.»

Entregué la carta á Jacinta y la dije la llevara á Paris á las señas que indicaba el sobre.

Partió.

Cerca del anochecer, los que habían acudido durante el día fueron desapareciendo poco á poco.

Tal es la influencia de la religion, que de aquellos hombres, entre los que había algunos groseros, no hubo ni uno que me insultara ni que se burlara de mí.

Cuando llegó la noche se presentó el carcelero con dos velas, las que puso sobre la chimenea, y me preguntó si se me ofrecía algo.

Pedí una taza de caldo, me la sirvieron y me quedé sola.

¿Quién ha podido decir, amado Jacobo, que la muerte es aterradora? Cuando el amor, que es el alma de la vida, desaparece por el horizonte como el sol cuando se pone, entonces la existencia no es más que una noche sombría, y la noche es hermana de la muerte.

Por consiguiente, durante aquellas cinco ó seis horas que velé al lado de un cadáver, tomé esta resolución:

Tengo dinero para dos meses, poco más ó menos: no quiero mendigar, no sé trabajar. Viviré estos dos meses, durante los cuales tal vez permita la Providencia que reciba noticias de mi amado.

Si dentro de dos meses no he sabido nada, como la muerte por hambre es demasiado dolorosa, iré á la plaza de la Revolucion, y gritaré:

—¡Viva el rey!

Y tres días despues habré concluido, y dormiré tan tranquila y tan impasible como ese cuerpo, cerca del que he pasado toda la noche.

¡Ay! amigo mio, cuanto más contemplaba ese cadáver, más me engolfaba en la fatal creencia de la nada.

Ese cadáver era el de un hombre de talento, de un hombre de bien, de un hombre religioso y bueno. Si alguna vez un alma emanada de la esencia celeste ha morado en un cuerpo, era aquella.

Cuántas veces durante aquella larga velada, sola con él, en medio de la soledad, del silencio, cuando solo yo velaba en la cárcel y tal vez en el pueblo, cuántas veces le dije: Cadáver, ¿qué has hecho de tu alma?

Me parecía que el alma, al ser invocada en la hora solemne de la noche, daría alguna señal de vida: lo que no contesta no tiene vida.

Si el alma debiera contestar, hubiera contestado á Shakespeare cuando interrogaba á la muerte por boca de Hamlet.

Nunca podría dirigírsele un apóstrofe más sublime, una súplica más ferviente que la que él dirigió á la muerte.

¿Qué hizo Shakespeare? Viendo que la muerte era muda, envió á Hamlet para que buscara en la tumba el secreto de la muerte.

Este secreto era la nada: si el hombre ha pasado una vida de pesares y dolores, alentado por esa esperanza vaga y frágil, y la ve desaparecer con el último suspiro para caer en esa noche sin recuerdos, sin luz, sin eco, de donde salió el día en que vió la primera luz, entonces, ¿qué sería de nuestros proyectos, mi amado Jacobo, de pasar la vida eterna unidos? Después de las ilusiones del tiempo perdido, vendría la pérdida de las ilusiones de la eternidad.

¡Y si se comprendiera la intencion del Señor, al dejarnos en esa duda! Pero no, sus actos son incomprensibles, como lo es Dios mismo.

¡Cuando un rey envía un mensajero más allá de los mares, le dice el objeto de su mensaje temiendo se estravie!

Cuando Luis XVI envió á Laperouse á Oceanía, le trazó el camino que debía seguir en aquel mundo desconocido.

Laperouse ha muerto; pero si hubiera vivido hubiese sabido á lo que iba y lo que debía alcanzar.

Mil veces más tempestuoso que el Océano indio es el Océano de la vida, y no nos dicen lo que debemos hacer, ni lo que sucederá cuando una tempestad nos destruya.

Los talentos más privilegiados, creados por ese Dios mudo é invisible, hacen esa pregunta desde hace seis mil años ó más, ya se hayan llamado Homero, Moisés, Solon, Zoroastro, Esquilo ó Con-

fucio, Dante ó Shakespeare; esa pregunta, dirigida al cadáver de un hermano, de un amigo ó de un extraño, es la misma que yo he dirigido á este cadáver, que por lo mismo que ha buscado á la muerte debía estar más dispuesto á responderme, y sin embargo, ni una fibra, ni un músculo se ha estremecido para contestar sí ó no.

¡Oh! amigo mio; cuando estaba á tu lado creía, porque la fé va siempre de acuerdo con la esperanza, con el amor, con la alegría.

Pero hoy, lejos de tí, asiada en mi soledad, con mis pesares, ni aun dudo. Solo creo en la ausencia del mal y del bien, en el eterno descanso, en la disolucion de nuestro sér, que se efectúa en el seno de la ignorante naturaleza, que produce sin preferencia el árbol venenoso y la planta salutífera, el perro que acaricia á su amo, y la víbora que muerde al que la ha calentado en su seno.

A las tres de la mañana escuché el ruido de un carruaje que rodaba por las calles del pueblo, y que por último se detuvo en la puerta de la cárcel.

Llamaron; las puertas se abrieron, y conducida por el carcelero y por Jacinta, vi entrar á la señora de Condorcet.

El primer movimiento fué arrojarse loca de dolor sobre el lecho en donde estaba el cadáver de su marido.

Aproveché aquella desesperacion para deslizarme fuera de la habitacion, bajar á la calle y alejarme precipitadamente.

A las seis llegué á mi casa, me acosté y me dormí profundamente. Había tomado mi resolucion.

XVIII.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Al despertarme, fué mi primera ocupacion contar el dinero que me quedaba.

Tenia doscientos diez francos en plata, treinta ó cuarenta mil francos en papel, pero la cuenta era la misma, porquesi un pan costaba doce sueldos en plata, se pagaba ochenta francos en papel.

Debía un mes á Jacinta; la pagué este y dos más adelantados; se tenta y cinco francos.

Me quedaban ciento treinta y cinco francos.

Nada dije á la pobre muchacha de mi resolucion, y continué viviendo lo mismo que de costumbre.

¡Ay! nadie vivía como acostumbraba.

Habíamos llegado, no á la eterna noche, pero al crepúsculo de ella: 93 era un volcan, pero su llama era la luz. En aquella época se vivía ó se moría: hoy se agoniza.

Gritaban en las calles: *El Amigo del Pueblo.*

El Amigo del Pueblo ha muerto.

Gritaban: *El Padre Duchesne.*

El Padre Duchesne ha muerto.

Gritaban: *El Viejo Franciscano.*

El Viejo Franciscano ya no existe.

Se decía: ¡Ahí va Danton! Y corrían para ver á Danton.

Pero despues decían: ¡Ahí va Robespierre! Y se cierra la puerta para no ver á Robespierre.

Le ví por primera vez y le reconocí enseguida.

Habia ido al cementerio Monceaux, no diré á rezar en las tum-

bas de Danton, de Camilo Desmoulins y de Lucila, pero sí á consultarles.

Creía que los sepulcros de los tribunos serian más elocuentes que el cadáver de un filósofo.

No solo la muerte es la noche, sino tambien el silencio.

Las fosas de nuestros amigos están cerca de la tapia que separa el cementerio del parque de Monceaux.

Oí hablar del otro lado de la cerca, y tuve la curiosidad de saber quién se atrevía á turbar con su voz el reposo de los muertos.

La cerca está muy baja y una piedra que se habia caído me permitió mirar, y entonces ví á Robespierre.

Decían que todos los dias necesitaba un paseo de dos horas, y que habia escogido para eso el parque reservado de Monceaux.

¿Ignoraba que la muerte estaba á dos pasos de él?

¿Ignoraba que una cerca le separaba del árido recinto, del lecho de cal viva y devoradora en donde dormían Danton, Camilo Desmoulins, Herault de Séchelles y Fabre de Eglantine?

¿Era un reto que lanzaba á los muertos, como se lo habia lanzado á los vivos?

Caminaba muy de prisa, de tal modo que los que le acompañaban apenas podían seguirle.

Estenuado, delgado, con los músculos del rostro agitados y guiñando los ojos, ¿á dónde iba? ¿Cuándo se detendría?

Ya era tiempo. Viendo todos los dias guillotinar mujeres y niños, se ha perdido el miedo á la guillotina.

El periódico de Proudhom era el único que existía; despues de haber cesado de publicarse, volvió á aparecer, y refería en uno de sus números que al volver un curioso de presenciar la ejecucion de algunos sentenciados, le preguntó á su vecino:

—¿Qué haría yo, amigo mio, para que me guillotinaran?

¡Oh! ¡mi amado Jacobo! He llegado á la actualidad en mi manuscrito; pues al hablar del periódico de Proudhom, recuerdo que hace algunos dias contaba que un sentenciado leía en un libro cuando le llamaron. Interin le cortaron el cabello, continuó leyendo, y fué así hasta la guillotina, y al pié de ella puso una señal, dejó el libro

sobre el asiento de la carreta y entregó sus manos para que las ataran.

Anteayer me refirió Jacinta que cinco prisioneros se escaparon de manos de los gendarmes, no para huir, sino para asistir una vez más al teatro de Vaudeville.

Uno de ellos regresó al tribunal revolucionario, preguntando:

—¿Sabeis á dónde están mis gendarmes? Se han extraviado.

Encontraron á un hombre dormido en una tribuna de la Convencion.

—¿Qué haceis aquí? le preguntaron.

—Vine para asesinar á Robespierre, pero estaba hablando y me dormí.

He recibido la visita de la esposa de Condorcet, quien deseaba darme las gracias.

Es una figura virginal, que Rafael pudiera haber escogido como tipo de la metafísica. Tiene treinta y tres años: primero ha sido canonessa. Condorcet no habia sido preso por acercarse á ella; al contrario, se alejaba. Habia estado oculto en la calle de Servandoni, á donde, temerosa y asustada, iba una vez por semana á ver á su esposo.

El temió por los riesgos que corria su mujer. Por Cabanis se habia procurado un veneno activo, y como yo, habia fijado un término á su suplicio.

Deseaba terminar su libro *El progreso del ingenio humano*. El 6 de Abril escribió la última página por la noche, y á la madrugada partió.

No llegó muy lejos, como hemos visto. En Clamart fué conocido y en Bourg-la-Reine se envenenó.

Esta pobre esposa, *triste hasta la muerte*, como dice el Evangelio, estaba destinada á procurarme un momento de alegría.

Me dijo que sabia existian aun cuatro girondinos ocultos, dos en Burdeos y dos en la gruta de San Emilion.

Ignora su nombre; si recibe noticias me las comunicará.

¡Oh! ¡mi amado Jacobo! ¿No podria dar la casualidad que fueses uno de ellos?

De aquí á un mes ó dos, todo puede cambiar. Se ódia mucho á Robespierre, te lo aseguro.

Desde la muerte de Danton todo recae sobre él. No se olvida que apeló á la clemencia, y que esa fué la causa de la muerte de nuestros amigos, lo que les abrió la tumba.

Robespierre ha hecho morir á las mujeres; por ellas morirá, no materialmente como Marat por Carlota Corday, pero moralmente.

La muerte de Carlota Corday, serena, intrépida, sublime, fundó una religion, la de la admiracion.

La de la Dubarry, infeliz criatura que gritaba sobre el patíbulo: «Señor verdugo, todavía un momento, un instante todavía,» fundó la religion de la piedad.

Pero la ejecucion de la pobre Lucila ha causado más efecto aun. No hay una criatura humana, pertenezca á una ú otra opinion, que no haya sentido desgarrársele el corazon con su muerte.

¿Qué delito habia cometido? Querer salvar á su amado, á su esposo.

Andar errante alrededor de la cárcel, haber llorado, rogado, suplicado: haber escrito á Robespierre:

«Me habeis amado, habeis querido enlazaros conmigo.»

Tal vez fuera ese el crimen, sobre todo si Cornelia Duplay leyó la carta.

En la muerte de Lucila todos han exclamado:—¡Ah! esto es demasiado.

Aquí tienes la prueba de lo que te decia, amado Jacobo. Ya he dicho que la esposa de Condorcet tiene una tienda de ropa blanca, y además su estudio de pintura, cerca de la casa que habita Robespierre.

Un tumulto espantoso y un ruido inmenso la hicieron asomar á su ventana.

El alboroto era delante de la casa del carpintero Duplay.

Hé aquí lo que había sucedido: Una jóven realista, hija de un papalista de la Cité, se había presentado por tres veces en casa de Robespierre.

A la tercera, Cornelia Duplay concibió sospechas por tal insistencia; llamó á los oficiales de la carpintería y prendieron á la jóven.

En una cesta llevaba dos cuchillos pequeños.

Interrogada por su insistencia, no contestó más sino que deseaba ver cómo era un tirano.

Ha sido conducida á la Fuerza, y formará parte de la *hornada* que se prepara para la guillotina con el nombre de asesinos de Robespierre.

Por la noche han pedido los jacobinos Legendre y Rousselin, sollozando de temor, que se ponga una guardia á Robespierre.

Por eso cuando un hombre está condenado, y él lo está, se reúnen amigos y enemigos para acabarlo de perder.

La pobre y jóven Renaud, su enemiga, le llamaba tirano y quiere matarlo. Rousselin y Legendre le han proclamado tirano al pedir guardia para él.

He pasado toda la noche pensando si, puesto que estoy decidida á morir, no sería mejor utilizar mi muerte.

Segun he oido, trata de hacer una gran solemnidad, una gran fiesta al Sér Supremo, en la que se simbolizará á sí mismo como redentor del mundo.

No tiene bastante ese hombre con ser amo, que quiere ser Dios.

Me pregunto á mí misma si no sería un sublime ejemplo el de herirle en medio de su triunfo.

Pero si este era un ejemplo grande, ¿por qué no le da Dios mismo?

Puesto que un hombre así existe, es que Dios permite su existencia, y al permitirle será porque le sirva para sus planes secretos é incomprensibles.

¿Vivirá como instrumento del castigo divino?

No; porque en ese caso solo castigaria á los malvados; no, porque libertaria á las mujeres y á los niños.

¿Vivirá por olvido ó por indulgencia?

En ese caso, ¿será el hombre el que deba reparar las flaquezas de Dios?

No; no, amado mio, no tengo el alma ni de Jaël, ni de Judit, ni de Carlota Corday. Prefiero presentarme á ese desconocido sér, que debe recibirme en la otra vida, con las manos limpias de sangre.

Tengo bastante con rendir cuentas de la vida.

La adelantada fiesta se ha efectuado. Jamás se ha visto el camino tan sembrado de flores, ni aun el dia del *Corpus*, cuando Dios lo recorria.

Se dice que ha concluido el reinado de sangre y que empieza el de la clemencia. ¡Robespierre ha oficiado como pontífice del Sér Supremo!

La guillotina ha desaparecido de la plaza de la Revolucion.

Sí, pero lo mismo que desaparece el sol para reaparecer al dia siguiente, así se ha ocultado en Occidente para reaparecer en Oriente.

Las ejecuciones de hoy más serán en el arrabal San Antonio; esto es lo que habrá adelantado París con la fiesta al Sér Supremo.

Las carretas no pasarán ya el puente Nuevo, la calle de Roule ni la de San Honorato.

Robespierre quiere condenar, pero no desea que los sentenciados, al pasar por delante de la casa del carpintero Duplay, puedan gritar como Danton:

—¡Te arrastro Robespierre! ¡Robespierre, me sigues!

Y sin embargo, se prepara una fiesta espléndida.

Cincuenta y cuatro personas en un dia, entre las cuales siete ú ocho mujeres jóvenes y bellas.

Si se retrasara un poco, tendria la esperanza de formar parte del cortejo.

Cada dia se refieren hechos horrorosos, que hacen desbordar la cólera pública como la lava de un volcan.

He aquí lo que pasó ayer en Plessis:

Un condenado llamado Osselin, nombre tristemente célebre, al ser llamado para subir en la fatal carreta se hundió un clavo en el corazón.

Le cogieron y le arrastraron. El hundía el clavo cada vez más, pero sin conseguir matarse.

Los carceleros tenían lástima y le impulsaban hácia atrás, diciendo:

—¡Está muerto!

Los criados del verdugo le arrastraban hácia delante, diciendo:

—¡Vive!

Pudieron más. Le subieron en la carreta, la hicieron ir al trote y le guillotinaron vivo todavía.

¿No te parece, amado mio, que hechos de esa clase manchan y empañan la luz de Dios, y que se siente vergüenza de vivir aun despues de haberlos presenciado?

Tengo intenciones de arrojar al Sena los dos ó tres luises que me quedan todavía y procurar concluir más pronto.

Me acostumbraré á la muerte hablando un poco del cementerio.

¿Recuerdas, mi Jacobo, amado mio, la magnífica escena de Hamlet, en la que los sepultureros se chancean unos con otros, y uno de ellos pregunta cuál es el momento más duradero, y que viendo que su interlocutor se estravía cada vez, exclama:

—¡Imbecil! es la fosa, puesto que solo el juicio final podrá destruir la?

Pues bien, amigo mio, en nuestra época, en la que no hay nada sólido, la fosa ha adquirido la fragilidad de todas las cosas humanas.

Esa piedad que habia despertado la muerte de Lucila, y que hizo exclamar: «¡Ah! ¡esto es demasiado!» esa piedad se ha extinguido.

¿Cómo no habia de suceder así?

Las carretas, hasta la muerte de Danton y de Lucila Desmoulins, contenian veinte ó veinticinco sentenciados: hoy contienen sesenta.

Es una enfermedad aguda, que se torna crónica.

La guillotina acostumbra servirse la comida de dos á seis de la tarde, y se acercan á verla como se visita á las fieras en el Jardin de Plantas.

A la una se ponen en marcha las carretas para llevarla el abasto.

En lugar de quince ó veinte bocados, tiene ahora cincuenta ó sesenta: el apetito se adquiere comiendo.

Es ahora como una rutina, como una máquina necesaria.

Fouquier-Tinville da vueltas á la rueda y se marea con ella.

Hace dos dias propuso poner la guillotina en el teatro.

Pero todo esto aumenta los muertos y los cadáveres necesitan cementerios en donde reposar.

La plétora cadavérica ha empezado en la Magdalena.

Verdad es que el rey, la reina y los girondinos están allí.

Los vecinos han gritado: ¡bastante! y se ha cerrado el cementerio para abrir el de Monceaux.

Danton, Camilo Desmoulins, Lucila, Fabre de Eglantine, Héroult de Séchelles, etc., etc., etc., lo han inaugurado, y despues, como no tiene más que 29 toesas de largo por 19 de ancho, se ha llenado al momento; la guillotina buscó otro sitio.

Se la concedió el cementerio de Santa Margarita, y con sesenta cadáveres diarios tardó poco en colmarse.

Hubiera habido el remedio de arrojar sobre cada muerto un pié de cal viva, pero estaban mezclados los muertos de los arrabales y los de la poblacion, y se hubieran abrasado juntos.

Los arrabales tuvieron piedad de sus muertos, y no quisieron que se calcinaran; esto se comprende.

Transportaron los guillotizados á la abadía de San Antonio, pero á siete piés del suelo encuentran agua, y por consiguiente, todos los pozos del barrio podrian envenenarse con facilidad.

Los hombres callan, pero la tierra habla; dice que la sobrecargan y que la arrojan más cadáveres de los que puede soportar y descomponer.

Te confieso, amado mio de mi alma, que cuanto más me acerco